

JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO

Meditación española sobre la libertad religiosa

Prólogo de **JAVIER PRADES**



100XUNO



Meditación española sobre la libertad religiosa



100XUNO

José Jiménez Lozano

Meditación española sobre la libertad religiosa

Prólogo de Javier Prades López



Primera edición: Ediciones Destino, Barcelona, 1966
© Los herederos del autor y Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2020
© del prólogo de la presente edición: Javier Prades López
© foto de portada: José Luis Rodríguez Torrego (@jose Luisrtorrego)
Revisión del texto: Rocío Solís

Con la colaboración de la Diputación de Ávila. Institución Gran Duque de Alba



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 74

Fotocomposición: Encuentro-Madrid
Impresión: Cofás-Madrid
ISBN: 978-84-1339-045-1
Depósito Legal: M-167-2021
Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro
Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607
www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

PRÓLOGO. El aroma de la libertad	9
Justificación.....	19
I. Una visita al castillo de Sant' Angelo	23
II. Un ensayo de psicología católica	27
III. Un catolicismo belicoso e intolerante	37
IV. Unas cuantas voces evangélicas	53
V. Un catolicismo político y la cuestión de la unidad religiosa	65
VI. El terrible siglo XIX	77
VII. Un catolicismo conciliar	97
<i>Notas</i>	113
TEXTOS.....	139
<i>Ser cristiano sin atacar a nadie</i>	141
<i>Un inquisidor ecuménico</i>	142
<i>La fe al servicio del César</i>	144
<i>Un cierto manejo de lo religioso</i>	144
<i>La unidad no es la vitalidad</i>	144

<i>La Iglesia perseguida</i>	145
<i>Y el fruto de las persecuciones</i>	145
<i>El Evangelio en voz baja</i>	145
<i>Cuando un cristiano tiene que explicarse</i>	146
<i>Una fábrica de hipocresía</i>	148
<i>De contrabando</i>	149
<i>Y de dolor</i>	149
<i>Una extraña religiosidad</i>	150
<i>Las guerras divinales</i>	150
<i>Una cierta dureza de corazón</i>	151
<i>Una crítica de las riquezas y pompas eclesiásticas</i>	151
<i>La cuestión judía</i>	152
<i>Un «galicanismo hispánico»</i>	154
<i>Una interpretación de los tiempos evangélicos</i>	155
<i>Las razones de un malsín</i>	156
<i>Cuando la mansedumbre pasa por heterodoxa</i>	157
<i>La dificultad de la reforma</i>	157
<i>Cuando hasta los prejuicios pasan por dogmas</i>	158
<i>Los peligros de la libertad</i>	158
<i>El estado teocrático</i>	159
<i>Un agnóstico invoca el Evangelio</i>	161
<i>La fe de los pequeños y las peculiaridades del país</i>	162
<i>Las dos pesas y las dos medidas</i>	164
<i>Una Iglesia libre en un Estado libre</i>	166
<i>La libertad religiosa, ayer y hoy</i>	167
<i>El «handicap» de la historia</i>	168
<i>Una Iglesia sin poder ni privilegio</i>	169
<i>No añorar el pasado</i>	170

<i>Un humanismo cristiano</i>	171
<i>Declaración sobre la libertad religiosa</i>	173
<i>Notas</i>	189
Nota final	191

PRÓLOGO

EL AROMA DE LA LIBERTAD

José Jiménez Lozano cumple 90 años. Ediciones Encuentro ha querido unirse a la alegría de este aniversario reeditando el primer libro del premio Cervantes 2002. Se trata de *Meditación española sobre la libertad religiosa*, escrito en 1966.

Conocí a Jiménez Lozano en la Facultad de Teología «San Dámaso» en abril de 2008, cuando vino a pronunciar una conferencia sobre sus lecturas preferidas, aquellas que dejan «el aroma en el vaso». Al año siguiente, por mayo, la directora de la página oficial de Jiménez Lozano, Guadalupe Arbona, y yo fuimos a pasar el día en Alcazarén con don José. Quizá algo reservado por un momento ante la figura menos conocida, la mía, enseguida se mostró confiado y suelto gracias a la presencia de Guadalupe, tan entrañada en su vida. Tuve la impresión de que aquello no había hecho más que empezar. Primero en su despacho y luego recorriendo la biblioteca, sus palabras rezumaban frescura y agudeza. En cada comentario, que dejaba caer como quien no quiere la cosa, se entreveían honduras. La comida con él y con su mujer, Dora, me abrió el ambiente familiar, ese al que no suelen acceder los extraños. Lo agradecí en silencio, a lo mejor con una sonrisa. Al terminar la jornada teníamos el corazón ensanchado, imaginando proyectos, disfrutando con el atardecer de Castilla.

Puede parecer curioso, pero en aquel encuentro y en los que vinieron después la conversación con don José no ha girado sobre

«cuestiones religiosas» al margen de lo cotidiano. Hemos hablado de literatura, de la vida, de la muerte, del pasado, del presente y del futuro, del campo y de los pueblos, de la belleza, de tantas cosas reales, es decir, en verdad, de Dios. Ahora resulta estimulante entrar nada menos que en la *vexata quaestio* de la libertad religiosa y el catolicismo español.

El primer libro de Jiménez Lozano no fue una crónica periodística, ni una novela, ni una colección de cuentos o de versos. Fue una «simple meditación» dirigida al hombre de la calle. Bien se cuidaba él de advertirlo al principio. La perspectiva de los años lleva a admirar la finura con la que deslinda su propósito de otros objetivos quizá cercanos, pero no idénticos. No se había propuesto escribir un libro de historia, tampoco aportar investigaciones propias para entender de modo nuevo alguna parcela de la historia religiosa de España, aunque él mismo se sitúe en la estela de Américo Castro. La intención era ofrecer una «meditación amplia y libre en torno al sentimiento religioso español en general y, más concretamente, en torno al sentimiento de la libertad religiosa» (p. 20). Sus miras eran las de «invitar a una mayor profundización de este sentimiento religioso nuestro tan sumamente complejo. Y a una comprensión y aceptación alegres de la Iglesia del Vaticano II, y de la excepcional hora histórica que la humanidad está viviendo» (p. 21). Aquel periodista abulense y vallisoletano quería ayudar a sus contemporáneos a considerar cómo «la libertad humana, de la que la libertad religiosa es solamente la expresión más profunda, es el principio básico del cristianismo y su gran fermento en el universo pagano de opresiones y tabúes, que asfixiaban el espíritu humano hasta la venida de Cristo» (p. 21).

Acojamos hoy el libro tal y como lo concibió entonces Jiménez Lozano, atendiendo a esa finalidad predominante y a ninguna otra. Haremos así justicia al cuidado con el que quería abrir un cauce de diálogo que no resultase polémico, que no ofendiera a quien tuviese otros puntos de vista, a sabiendas de que entraba en terrenos delicados,

porque la historia del catolicismo y del anticatolicismo español había estado llena de descalificaciones, de agresividad, de exclusión mutua, de condenas. No es casual, supongo, que el libro viera la luz amparado por el *nihil obstat* y el *imprimatur* de la autoridad eclesiástica competente. Parece que Jiménez Lozano detectaba que había todavía heridas abiertas en nuestra cultura hispana, o que, al menos, perduraba una sensibilidad a flor de piel, dispuesta a reproducir a la mínima lo peor de nuestra historia. Si la sociedad española ha avanzado algo en estos cincuenta años será más fácil que todos —tengamos las ideas que tengamos— apreciemos en lo que valía el intento de ayer y el de hoy.

El libro no pretende ser una especie de estudio teológico sobre la naturaleza propia de la libertad religiosa, o sobre la evolución de la doctrina católica tal y como se recoge en los documentos conciliares. No faltan referencias, más bien periodísticas, a los eventos del aula conciliar, pero el meollo del libro es, justamente, una reflexión personal en voz alta sobre la forma hispana de aceptar —o rechazar— la religión católica y sus consecuencias respecto de la libertad, examinando el problema de la libertad religiosa.

En realidad, a mi juicio, late una preocupación que cabe reconocer en otras obras de Jiménez Lozano —como la novela *La salamandra*— que es la de la reconciliación entre los españoles, tras «el terrible siglo XIX» que se prolonga hasta las consecuencias de la guerra civil en los años treinta. Por eso le movía el deseo de que el catolicismo español, gracias al impulso conciliar, pudiera contribuir a la convivencia y al bien común y no se convirtiera en elemento de contraposición. Muchas cosas han cambiado en la sociedad española y en la misma Iglesia, y se podrán aportar precisiones o matices a las valoraciones que reflejan la situación de los años sesenta, pero no ha envejecido en absoluto la responsabilidad de ofrecer un catolicismo arraigado en la norma de toda espiritualidad eclesial que es el Evangelio, como enseñaba Von Balthasar en esos mismos años sesenta. Ese espíritu era el que podía servir, y ha servido, a la reconciliación entre españoles,

y sin duda los documentos conciliares fueron un poderoso factor de recepción de la actitud eclesial renovada ante la libertad religiosa. Por eso conserva su actualidad aquella preocupación de don José.

Si nos mantenemos en el tono de «simple meditación», seguramente hoy Jiménez Lozano estará contento al ver cómo la conciencia eclesial ha ido asimilando, con el trabajo derivado de toda conversión, la enseñanza de la Declaración *Dignitatis Humanae* y comprobando su validez para la complejidad del mundo en el que vivimos. No estamos condenados a sobrevivir en guetos colindantes, como reivindica un cierto multiculturalismo, ni a someternos a la homologación global de los mercados y las redes. Acoger la enseñanza sobre la libertad religiosa es una aventura que permite estimar en todo su alcance la dignidad incondicional de cada persona humana y el papel decisivo de las comunidades de convicción orientadas al bien común, en cuanto dimensiones del anuncio evangélico hasta los confines del mundo globalizado.

La Comisión Teológica Internacional ha publicado recientemente un documento titulado *La libertad religiosa para el bien de todos* (2019). En términos generales estos documentos suelen reflejar un *status quaestionis* que sirva de orientación para la actividad docente y pastoral de la Iglesia, proponiendo afirmaciones que puedan ser compartidas más fácilmente, como expresión del sentir común de la comunidad teológica. Por lo que toca al tema de la libertad religiosa la CTI rinde homenaje a la contribución profética de *Dignitatis Humanae*: «Su valiente puntualización de las razones cristianas para el respeto de la libertad religiosa de los individuos y de las comunidades, en el ámbito del Estado de derecho y de las prácticas de justicia de las sociedades civilizadas, todavía despierta nuestra admiración» (n. 1). Y tras analizar en los distintos capítulos los rasgos novedosos del contexto social y cultural del mundo globalizado, el documento insiste en la afinidad entre libertad religiosa y acto de fe teologal, y proclama la conveniencia de defender la libertad religiosa para el bien de todos, superando toda tentación «de instrumentalizar recíprocamente

el poder político y la misión evangélica» (n. 85). Insiste el documento en la defensa de la vida en común, y no resulta difícil pensar que Jiménez Lozano compartirá este criterio: «Estar juntos, vivir juntos, es en sí mismo un bien, tanto para los individuos como para la comunidad. Este bien no se deriva de la adopción de una visión teórica particular; su justificación emerge en la evidencia misma de su acontecer. En la medida en que este hecho es reconocido, apreciado y defendido, contribuye a la paz social y al bien común. [...] Solo donde exista la voluntad de vivir juntos será posible construir un futuro bueno para todos: de lo contrario no habrá un futuro bueno para nadie» (nn. 67-68).

Tantas otras cosas se podrían entresacar del volumen de Jiménez Lozano, comparándolo con este documento o con otros textos que acreditan el camino de la Iglesia católica en lo tocante a la libertad religiosa y el bien común durante el siglo XX. Queden para mejor ocasión. Lo más hondo del libro, a mi parecer, está todavía por mencionar. El último capítulo va cambiando de género literario y se separa de los muchos o pocos elementos de crónica y de ensayo histórico que lo han acompañado hasta aquí. Muta en una especie de pequeña autobiografía espiritual. Es como si don José quisiera abrir su corazón y delatar sus «vividuras» en materia de religión y libertad, de las que han brotado los pensamientos recién expuestos. Por decirlo de otro modo, la meditación deviene testimonio personal. El lector se encontrará con páginas que mediante la valoración de las cambiantes circunstancias históricas —siempre necesaria— muestran algo de lo eterno en el anuncio cristiano.

Recuerda que «las generaciones de jóvenes que luego hemos manifestado una profunda conciencia católica hemos sido, en cierto sentido, generaciones de ‘convertos’» (p. 99). Se trata de una conversión desde la forma anodina de participar en una vida de Iglesia, «que hasta ayer mismo no fue para nosotros sino una cohorte de clérigos con los que nos confesábamos o a los que soportábamos sus casi siempre imprecatorios sermones», hasta descubrir a la Iglesia como «Madre

querida que amamos como a las pupilas de nuestros ojos y de cuya suerte nos sentimos solidarios» (p. 99). Nos confía su dolor porque tantos hayan podido toparse «con un valladar» que les ha hecho más difícil admitir la fe en su corazón. Y desvela que el encuentro con una pléyade de enormes pensadores franceses —pero también españoles— le hizo posible confirmar lo mejor de sus intuiciones sobre el cristianismo. El síntoma es inconfundible: «la alegría. Una alegría muy íntima de alguien que se siente liberado de viejos tabúes...» (p. 101). No falta, como no podía ser menos, el acento inquieto, dramático, ante el desafío formidable que la nueva propuesta sobre la libertad religiosa suponía para tantos y tantos de sus conciudadanos, sinceramente católicos. Para esa dificultad que presiente en la cristiandad hispana solo encuentra una respuesta adecuada. En efecto, solo «su gran amor a la Iglesia puede arrancarles la generosidad de la aceptación de lo que se les pide» (p. 107) y esto requiere «lustras de paciencia, comprensión, amor y diaria práctica de ecumenismo por parte de la Iglesia» (p. 108). Es verosímil que ese amor sencillo a la Iglesia haya podido frenar en España la difusión de formas cismáticas de integrismo. A partir del amor paciente se podrá mantener un rumbo que esquive los riesgos opuestos del idealismo ingenuo o del derrotismo. Son páginas cargadas de esperanza, desde luego también de inquietud, y sin duda de realismo cristiano. Cuenta de antemano con la posibilidad de una incomprensión tal por parte de muchos hermanos de fe que pueda incluso inducir a la amargura. Ahora bien, «la amargura no es cristiana, pero la cruz sí y la cruz ningún cristiano puede rechazarla de su vida» (p. 111). Claudel había sabido indicar esa misteriosa combinación que solo el cristiano vislumbra: «En la paz, si alguien la conoce, la alegría y el dolor entran por partes iguales» (*La Anunciación a María*, Encuentro, Madrid 2020, p. 185). Así miraba hacia el futuro el joven escritor Jiménez Lozano en 1966 cuando dio a la imprenta su *Meditación*.

Volvamos al principio. El libro está dedicado a san Juan XXIII, que facilitó una «Iglesia acogedora para los hombres de hoy y de

mañana». Era una urgencia de entonces. Lo sigue siendo en nuestros días.

Javier M^a Prades López
*Madrid, 2 de febrero de 2020**

* Habiéndose entregado ya el texto del prólogo a la editorial llega la noticia, inesperada y tan dolorosa, del fallecimiento de don José. Sirva esta presentación, tal y como fue escrita originalmente, a modo de homenaje ahora póstumo a su persona y su obra literaria —que tanta compañía me ha hecho y me hará— y de cercanía afectuosa para Dora y su familia, para todos sus amigos y sus lectores. El Señor que le otorgó el gran don de la libertad, acogerá complacido el sí libre y definitivo de don José. Descanse en la paz de Dios.

*A la entrañable memoria del papa Juan XXIII,
un alto símbolo de la libertad y de la fraternidad
humanas.*

*Y una «ventana abierta» en la Iglesia de Dios tras
seculares miedos e inmovilismos cristianos. Hizo
a la Iglesia acogedora para los hombres de hoy y
de mañana. Tuvo el valor de encarnar la libertad,
la pobreza y la debilidad evangélicas. Abrió las
puertas de un mundo nuevo. Amó a todos. Pero
especialmente a los humildes y pequeños.
Será inolvidable.*

JUSTIFICACIÓN

Las páginas que siguen han tenido su origen en un hecho muy concreto: el de preguntarse por qué en nuestra cristiandad española se han dado ciertas reticencias, un cierto escándalo y hasta una cierta oposición al espíritu conciliar del Vaticano II y, particularmente un cierto horror, como ante una herejía, ante ciertas intervenciones de algunos padres. Intervenciones estas que, sin embargo, han sido las más significativas del espíritu que hoy anima a la Iglesia y las que, desde luego, han sacudido al mundo moderno de su indiferencia o le han hecho volver hasta de su inquina a esa Iglesia.

Por supuesto que en todos los países se han dado esa oposición y esas reticencias y que los católicos tradicionales están todavía un poco desconcertados, no acostumbrados, como no podían estarlo, a asistir a una de esas grandes horas de opción de la Iglesia que se reforma y hasta examina su depósito revelado para, invariable pero vertido en nuevos moldes, ofrecerle al mundo en profunda transformación él mismo. Una verdadera ausencia de formación religiosa integral que, como es lógico, es la regla en la enorme muchedumbre que es la Iglesia, está en el fondo de esta incomprensión; y, a la vez, lo está toda una serie de hábitos mentales y de reflejos psíquicos heredados de nuestros mayores. Ahora bien, el catolicismo es vivido de manera muy peculiar en España y ha sido vivido peculiarmente durante siglos, y era inevitable acudir a ese pasado para explicarse este presente. De modo

que el fruto de algunas de estas meditaciones sobre el sentimiento religioso español, en el pasado del que somos hijos, es lo que constituye el presente libro.

Sin embargo, no se trata de un libro de historia. No se han utilizado en su confección ni los métodos historiográficos, ni el necesario aparato erudito. Tampoco se trata en él de basar sobre propias investigaciones un nuevo entendimiento de alguna parcela de nuestra historia religiosa. Es, por el contrario, una simple meditación, apoyada en unos cuantos hechos históricos y, sobre todo, sobre la vivencia, o «vividura», que diría Castro, que de estos hechos ha tenido el católico español tradicional y que tiene aún hoy. Se trata, pues, de un ensayo histórico, de esos que tanto suelen disgustar a los eruditos, con alguna razón, porque la realidad histórica es siempre muy compleja y necesariamente, cuando se seleccionan unos hechos históricos o se hace síntesis de ellos, se están simplificando y forzando las cosas de alguna manera.

Pero, no es que quien esto escribe haya ido en busca de hechos para confirmar unas tesis previamente establecidas como hacen el ideólogo, el político o el predicador, sino que, familiarizado con ciertos hechos y pensares históricos, les ha visto como revivir en el «homo religiosus hispanicus» de 1965. Así que el modo con que me gustaría definir sencillamente este libro es el de considerarlo, como en su mismo título he indicado, una meditación amplia y libre en torno al sentimiento religioso español en general y, más concretamente, en torno al sentimiento de la libertad religiosa, como una especie de encuesta religiosa en nuestra historia. Y tanto por la razón de que estas líneas han sido redactadas con este espíritu de interrogación casi periodística al hombre español del pasado, cuanto por el interés primordial que se ha dado en ellas a lo vital y humano y a la circunstancia concreta y hasta nimia, pero más reveladora a veces que la exposición y análisis de las grandes líneas de pensamiento o de hechos más trascendentales, pero necesitados de una valoración crítica científica. Labor esta de años y de equipo, y de lenta, erudita y larga redacción, poco asequible

por lo demás al hombre de la calle a quien van dirigidas estas páginas y que, por otra parte, es el cristiano más necesitado de ciertas aclaraciones y revisiones históricas para poner en orden sus propias ideas y sentimientos con quienes tantas veces han jugado los demagogos intelectuales de toda especie y color, incluso los «demagogos religiosos», partidarios siempre del confusionismo mental y de la apelación a los sentimientos más primitivos.

La imbricación de nuestro sentimiento religioso con sentimientos de toda otra clase: patrióticos, sociales y hasta económicos creo que necesita este deslinde y explicación de los que este libro es solo un apunte o esbozo. Pero esta necesidad era sobre todo urgente ahora en esta circunstancia en la que un tema como el de la libertad religiosa ha levantado toda una llamarada de pasiones en cristianos sinceros, sin duda alguna, pero no suficientemente avisados de su propia contextura mental y sentimental que no les permite ver que la libertad humana, de la que la libertad religiosa es solamente la expresión más profunda, es el principio básico del cristianismo y su gran fermento en el universo pagano de opresiones y tabúes, que asfixiaban el espíritu humano hasta la venida de Cristo.

Si estas páginas sirvieran para una meditación de todo lo que todavía puede ocultarnos el conocimiento de esa sencilla verdad habrían logrado su objeto. Pero, desde luego, no tienen afán polémico alguno y no tratan de convencer a nadie. Solo la intención de invitar a una mayor profundización en la meditación de este sentimiento religioso nuestro tan sumamente complejo. Y a una comprensión y aceptación alegres de la Iglesia del Vaticano II, y de la excepcional hora histórica que la humanidad está viviendo.

Dado el carácter literario o de ensayo arriba expuesto, he tratado de limitar, en lo posible, toda referencia erudita. Solamente van al pie unas cuantas notas, fáciles de controlar por lo demás en libros nada raros, al alcance del lector. En unos cuantos casos solamente me he visto obligado a utilizar un material de investigación propia, todavía

inédita, o a acudir a ciertas fuentes menos asequibles, por lo que pido disculpas desde ahora.

Al final del libro van también unos cuantos textos, muy conocidos incluso, pero esparcidos en distintos lugares. Su vecindad en estas páginas creo que puede darles algún relieve. Pero no quieren en absoluto tener el valor de documentos, sino prolongar todavía un poco más y de manera más libre y sugeridora la propia meditación del lector.

Por la misma ausencia de carácter técnico del libro me ha parecido innecesario asimismo establecer una bibliografía, pero naturalmente me hago responsable de cada afirmación histórica y garantizo la seriedad científica de su fuente, salvo involuntario error. Como error puede haber en algunas valoraciones muy personales y afectivas. Mi deseo expreso es, sin embargo, que nadie se sienta ni lejanamente herido.

Meditación española sobre la libertad religiosa

En 1964 y 1965, José Jiménez Lozano ejerció de corresponsal en Roma del periódico *El Norte de Castilla* y del semanario *Destino* para cubrir el Concilio Vaticano II. Fruto de esa estancia romana publica en 1966 el que sería el primero de sus muchos libros escritos de puño y letra: *Meditación española sobre la libertad religiosa*.

El hecho de haber sido testigo de la radicalidad en la postura por parte de algunos obispos en su negación a aceptar la libertad religiosa para España fue la génesis de este ensayo, que constituye su primer acercamiento a la realidad histórico-religiosa de nuestro país. Dividido en dos secciones, la primera de ellas, compuesta por siete capítulos, expone reflexiones históricas que evidencian la afinidad del autor con la metodología histórica de Américo Castro. La segunda sección está formada por un extenso apéndice de textos cuya inclusión quiere servir como acicate para que el lector pueda llevar a cabo la meditación que da título al libro.

Sirva la reedición de esta primera obra de Jiménez Lozano como pequeño homenaje a su figura. Tal y como señala D. Javier Prades, prologuista de esta nueva edición, en la parte final de su texto este «muta en una especie de pequeña autobiografía espiritual. Es como si don José quisiera abrir su corazón y delatar sus 'vividuras' en materia de religión y libertad. Por decirlo de otro modo, la meditación deviene testimonio personal».

